

Sophie

Está sentada en el suelo, con la espalda contra la pared y las piernas estiradas, jadeante.

Léo está pegado a ella, inmóvil, y tiene su cabeza en el regazo. Con una mano ella le acaricia el pelo y con la otra intenta secarse los ojos, pero con movimientos desordenados. Llorra. Algunos sollozos se convierten en gritos, chillan, le salen de las entrañas. Cabecea. A veces, la pena es tan intensa que se golpea la parte de atrás de la cabeza contra el tabique. El dolor la reconforta un poco pero no tarda en notar que todo se le vuelve a derrumbar por dentro. Léo se porta muy bien, no se mueve. Baja los ojos hacia él, lo mira, le estrecha la cabeza contra el vientre y llora. Nadie puede imaginarse lo desgraciada que es.

1

Aquella mañana, como tantas otras, se despertó llorando y con un nudo en la garganta, aunque no tenía ninguna preocupación concreta. En su vida, el llanto no es nada excepcional: las lágrimas la acompañan todas las noches desde que está loca. Si por las mañanas no se notara las mejillas empapadas, podría llegar a creer que pasa noches tranquilas de sueño profundo. Por las mañanas, la cara llena de lágrimas y la garganta atenazada son mera información. ¿Desde cuándo? ¿Desde que Vincent sufrió el accidente? ¿Desde su muerte? ¿Desde la primera muerte, muy anterior?

Se ha enderezado apoyándose en un codo. Se seca los ojos con la sábana mientras busca los cigarrillos a tien-

tas y, al no encontrarlos, se acuerda de pronto de dónde está. Lo recuerda todo, lo que sucedió el día anterior, la velada... Recuerda inmediatamente que tiene que irse, salir de esa casa. Levantarse e irse, pero se queda ahí, clavada en la cama, incapaz de un gesto mínimo. Agotada.

Cuando por fin consigue arrancarse de la cama y llegar al salón, la señora Gervais está sentada en el sofá, inclinada sobre el teclado.

—¿Qué tal? ¿Más descansada?

—Bien. Más descansada.

—Tiene mala cara.

—Por las mañanas siempre la tengo.

La señora Gervais guarda el archivo y cierra ruidosamente la tapa del portátil.

—Léo sigue durmiendo —le dice yendo hacia el perchero con paso resuelto—. No me he atrevido a entrar a verlo por miedo a que se despertara. Como hoy no hay clase, es mejor que duerma y así no le da guerra...

Hoy no hay clase. Sophie se acuerda vagamente. Algo sobre una reunión pedagógica. La señora Gervais está de pie junto a la puerta, con el abrigo ya puesto.

—Tengo que irme...

Sophie se da cuenta de que no tendrá valor suficiente para comunicarle lo que ha decidido. De todas formas, aunque lo tuviera, no le daría tiempo. La señora Gervais ya ha cerrado la puerta al salir.

Esta tarde...

Sophie oye sus pasos por la escalera. Christine Gervais nunca coge el ascensor.

Reina el silencio. Por primera vez desde que trabaja aquí, enciende un cigarrillo en pleno salón. Pasea arriba y abajo. Parece la superviviente de una catástrofe, todo lo

que ve le resulta intrascendente. Tiene que irse. No le urge tanto, ahora que está sola, de pie, cigarrillo en mano. Pero sabe que por culpa de Léo se tiene que preparar para irse. Para ganar tiempo mientras consigue centrarse, va a la cocina y enciende el hervidor.

Léo. Seis años.

Desde que lo vio por primera vez, le pareció guapo. Eso fue unos tres meses antes, en ese mismo salón de la calle de Molière. Entró corriendo, se paró en seco frente a ella y la miró fijamente ladeando un poco la cabeza, lo que en él indica profunda reflexión. Su madre se limitó a decir:

—Léo, ésta es Sophie, te he hablado de ella.

Él se la quedó mirando un buen rato. Y luego se limitó a decir: «Vale» y se acercó para darle un beso.

Léo es un niño dulce, un poco caprichoso, inteligente y rebosante de vida. El trabajo de Sophie consiste en llevarlo al colegio por la mañana, recogerlo a mediodía y por la tarde, y cuidar de él hasta la hora imprevisible a la que la señora Gervais o su marido consiguen llegar a casa. Así pues, la hora a la que sale de trabajar oscila entre las cinco de la tarde y las dos de la madrugada. La disponibilidad fue la baza decisiva para conseguir el puesto: no tiene vida privada, quedó claro desde la primera entrevista. Aunque la señora Gervais se esforzó por no abusar de esta disponibilidad, la rutina siempre prima sobre los principios y en tan sólo dos meses se convirtió en un engranaje imprescindible en la vida de la familia. Porque siempre está ahí, siempre está lista, siempre está disponible.

El padre de Léo, un cuarentón largo, seco y antipático, es jefe de servicio en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Por su parte, su mujer, alta, elegante y con una sonrisa increíblemente seductora, intenta conciliar la responsabilidad de ejercer de estadística en una auditoría con la de ser la madre de Léo y la mujer de un futuro secretario de Estado. Ambos se ganan muy bien la vida y Sophie tuvo el buen tino de no aprovecharse de ello al fijar el suel-

do. De hecho, ni siquiera se le pasó por la cabeza, porque lo que le ofrecían cubría sus necesidades. La señora Gervais aumentó la cantidad acordada al terminar el segundo mes.

En cuanto a Léo, Sophie se ha convertido en su ídolo. Parece ser la única capaz de conseguir sin el mínimo esfuerzo lo que a su madre le costaría varias horas. En contra de sus temores, no es un niño mimado con exigencias tiránicas, sino un crío tranquilo que sabe escuchar. Claro está que a veces se enrabieta, pero Sophie está muy bien situada en su jerarquía. En lo más alto.

Cada tarde, a eso de las seis, Christine Gervais llama por teléfono para pedir el parte y decir a qué hora llegará, con tono compungido. Siempre habla unos minutos con su hijo y luego con Sophie, con la que procura adoptar un tono un poco personal.

Estos intentos no tienen mucho éxito: sin proponérselo, Sophie reduce la conversación a los temas generales de rigor, entre los que ocupa el lugar esencial el resumen del día.

Léo se acuesta todas las noches a las ocho en punto. Es importante. Sophie no tiene hijos, pero tiene principios. Después de leerle un cuento, se acomoda durante el resto de la velada frente a la inmensa pantalla de televisión extraplana que sintoniza prácticamente todo lo que se emite en los canales por satélite; un regalo encubierto que la señora Gervais le hizo en su segundo mes de trabajo, tras fijarse en que siempre se la encontraba viendo la televisión, llegase a la hora que llegase. Más de una vez, a la señora Gervais le había llamado la atención que una mujer de treinta años, visiblemente culta, se conformara con un empleo tan modesto y se pasara todas las noches delante de la pequeña pantalla, aunque ahora fuera tan grande. En la primera entrevista, Sophie le dijo que había estudiado Comunicación. Como la señora Gervais quería saber algo más, mencionó que tenía un diploma técnico universitario y explicó que había trabajado para una empresa de origen

inglés, aunque sin decir en qué puesto, y que había estado casada pero que ya no lo estaba. Christine Gervais se conformó con esos datos. A Sophie se la había recomendado una amiga de la infancia que dirigía una ETT y a quien, por algún motivo misterioso, Sophie le había caído bien en la única entrevista que tuvo con ella. Y además se trataba de una emergencia: la anterior cuidadora de Léo acababa de despedirse inesperadamente y sin preaviso. El rostro sereno y serio de Sophie le había inspirado confianza.

A lo largo de las primeras semanas, la señora Gervais anduvo tanteando para saber algo más sobre su vida, pero renunció a ello con delicadeza, al intuir en las respuestas que alguna «tragedia horrible y secreta» debía de haberle destrozado la existencia; una pizca de ese romanticismo que puede darse en cualquier parte, incluso entre la burguesía más encopetada.

Como ocurre tan a menudo, cuando el hervidor se apaga Sophie está sumida en sus pensamientos. En ella, este estado puede durar mucho tiempo. Son como ausencias. Como si su cerebro se obsesionara con una idea, con una imagen, en la que el pensamiento se va enroscando, muy despacio, como un insecto, haciéndole perder la noción del tiempo. A continuación, por un efecto semejante al de la gravedad, vuelve a caer en el momento presente. Reanuda la vida normal donde la había dejado. Siempre le pasa lo mismo.

Esta vez, curiosamente, lo que aflora es el rostro del doctor Brevet. Hacía mucho tiempo que no había vuelto a acordarse de él. Tenía un aspecto que no correspondía con lo que se había imaginado. Por teléfono lo suponía un hombre alto, autoritario, y era muy poquita cosa, parecía el escribiente de un notario, emocionado de que lo autorizaran a recibir a los clientes de segunda. A un lado, una estantería con libros y adornos. Sophie quería quedar-

se sentada. Lo había dicho al entrar, no quiero tumbarme. El doctor Brevet dio a entender con un gesto de las manos que no había inconveniente. «Aquí no hay que tumbarse», añadió. Sophie contó como pudo qué le pasaba. «Una libreta», dictaminó al cabo el doctor. Sophie tenía que apuntar todo lo que hacía. Cabía la posibilidad de que, en eso de los olvidos, «estuviera haciendo una montaña de un grano de arena». Había que intentar ver las cosas con objetividad, dijo el doctor Brevet. Así, «podrá usted evaluar exactamente qué se le olvida, lo que pierde». De modo que Sophie empezó a apuntarlo todo. Lo hizo durante, ¿cuánto?, unas tres semanas... Hasta la siguiente sesión. Y durante aquel período ¡la de cosas que perdió!, ¡la de citas que olvidó!, y dos horas antes de ir a ver al doctor Brevet se había dado cuenta de que incluso había perdido la libreta. Imposible dar con ella. Lo puso todo patas arriba. ¿No fue aquel día cuando se topó con el regalo de cumpleaños de Vincent? Aquel que no consiguió encontrar cuando quiso darle una sorpresa.

Todo está revuelto, su vida es un revoltijo...

Echa el agua en el tazón y se termina el cigarrillo. Viernes. No hay clase. Normalmente sólo cuida a Léo todo el día los miércoles y algunos fines de semana. Lo lleva aquí y allá, según lo que les apetezca o lo que surja. Hasta ahora, se lo han pasado bastante bien juntos, y se han peleado a menudo. O sea, que todo va bien.

Al menos, hasta que empieza a notar algo, borroso primero, desagradable después. No quiso darle importancia, intentó apartarlo como si fuera una mosca molesta, pero volvía con insistencia. Acabó afectando a su relación con el niño. Al principio, nada alarmante. Solamente algo soterrado, silencioso. Algo secreto que tenía que ver con ellos dos.

Hasta que la verdad se le reveló de pronto, el día antes, en la plaza de Dantremont.

Aquel mes de mayo se despedía de París con muy buen tiempo. Léo quiso tomar un helado. Sophie se sentó en un banco, no se sentía muy bien. Primero atribuyó aquel malestar al hecho de estar en la plaza ajardinada, el lugar que más odia porque se pasa todo el rato intentando no tener que hablar con las madres. Las asiduas, acostumbradas a que rechace cualquier intento, han dejado de dirigirle la palabra, pero le sigue quedando mucho que hacer con las recién llegadas, las ocasionales..., por no hablar de los jubilados. No le gustan los jardines de la plaza.

Hojea distraídamente una revista cuando Léo se le planta delante. La mira sin ninguna intención concreta, mientras se come el helado. Sophie le devuelve la mirada. Y en ese preciso instante comprende que no puede seguir ocultando lo que ya es obvio: inexplicablemente, ha empezado a aborrecerlo. Él la sigue mirando fijamente y a ella la desquicia ver lo insoportable que le resulta ahora todo cuanto tenga que ver con el niño: la cara de querubín, los labios voraces, la sonrisa estúpida y la ropa ridícula.

«Nos vamos», dijo, igual que podría haber dicho «Me voy». Los engranajes de la cabeza se le han vuelto a poner en marcha. Con sus huecos, sus carencias, sus vacíos, sus ineptitudes... Mientras aprieta el paso camino de casa (Léo se queja de que anda demasiado deprisa), la asaltan imágenes desordenadas: el coche de Vincent estampado contra un árbol y luces giratorias parpadeando en la noche, su reloj en el fondo de un joyero, el cuerpo de la señora Duguet rodando por la escalera, los alaridos de la alarma de la casa en plena noche... Las imágenes se van sucediendo en una dirección y luego en la contraria, imágenes nuevas y antiguas. La maquinaria del vértigo reanuda su movimiento perpetuo.

Sophie pierde la cuenta de sus años de locura. Hace tanto tiempo... Sin duda porque sufre, tiene la sensación de que el tiempo cuenta doble. Una pendiente sua-

ve al principio y según van pasando los meses, la sensación de estar en un tobogán, de bajar a toda velocidad. En aquella época, Sophie estaba casada. Todo aquello... fue antes. Vincent era un hombre muy paciente. Siempre que Sophie se acuerda de Vincent, se le aparece como en un fundido encadenado: el Vincent joven, sonriente y eternamente tranquilo, se confunde con el de los últimos meses, de rostro extenuado, tez amarillenta y ojos vidriosos. Al principio de su matrimonio (Sophie vuelve a ver con precisión su piso, parece mentira que en una misma cabeza puedan convivir tantos recursos y tantas carencias) sólo eran despistes. Ésa era la palabra: «Sophie es despistada», pero se consolaba porque siempre lo había sido. Luego, los despistes se convirtieron en rarezas. Y, al cabo de unos meses, todo era un desbarajuste repentino. Se le olvidaban citas, detalles, personas, empezó a perder cosas, las llaves, la documentación, a encontrarlas al cabo de varias semanas en los sitios más peregrinos. Por muy tranquilo que fuera, Vincent se había ido irritando paulatinamente. Era de lo más comprensible. Tanto olvidarse de la píldora, tanto perder los regalos de cumpleaños, los adornos de Navidad... Hasta el carácter mejor templado acaba de los nervios. Fue entonces cuando Sophie se puso a apuntarlo todo, con el esmero escrupuloso de una drogadicta en proceso de desintoxicación. Perdió las libretas. Perdió el coche, se quedó sin varios amigos, la detuvieron por robar, aquellas alteraciones le fueron contaminando poco a poco todos los apartados de la vida y comenzó, como una alcohólica, a tapar las carencias, a hacer trampas, a disimular para que ni Vincent ni nadie se dieran cuenta de nada. Un terapeuta le sugirió que ingresara en el hospital. Se negó, hasta que la muerte decidió invitarse a su locura.

Mientras anda, Sophie abre el bolso, hunde la mano en él, enciende un cigarrillo, temblorosa, y aspira profun-

damente. Cierra los ojos. Aunque le zumba la cabeza y empieza a sentirse mareadísima, se da cuenta de que Léo ya no va a su lado. Se da la vuelta y ve que se ha quedado atrás, bastante lejos, de pie en plena acera con los brazos cruzados, el rostro hostil y la firme decisión de no moverse. Al ver a ese niño enfurruñado, plantado en medio de la acera, la invade de pronto una rabia terrible. Desanda lo andado, se le pone delante y le da una sonora bofetada.

Se espabila al oír la bofetada. Avergonzada, se da la vuelta para ver si alguien la ha visto. No hay nadie, la calle está tranquila, tan sólo una moto pasa despacio junto a ellos. Mira al niño, que se frota la mejilla y le devuelve la mirada sin llorar, como si notase más o menos que en realidad todo aquello no va con él.

—A casa —dice Sophie tajantemente.

Y ya está.

No se volvieron a hablar en todo lo que quedaba de tarde. Los dos tenían sus propios motivos. Sophie se preguntó de forma inconcreta si aquella bofetada le traería algún problema con la señora Gervais, aunque sabía que le daba igual. Ahora tenía que irse, todo sucedía como si se hubiese marchado ya.

Como si lo hubiese hecho aposta, aquella noche Christine Gervais volvió tarde. Sophie estaba dormida en el sofá mientras en la pantalla jugaban un partido de baloncesto en medio de un chaparrón de gritos y aplausos. La despertó el silencio cuando la señora Gervais apagó la televisión.

—Es tarde... —se disculpó.

Sophie miró la silueta con abrigo plantada delante de ella. Farfulló un «no» apagado.

—¿Quiere quedarse a dormir?

Cuando regresa tarde, la señora Gervais siempre le ofrece que se quede; ella dice que no y la señora Gervais le paga un taxi.

A toda velocidad Sophie vuelve a ver la película del final de ese día, la velada silenciosa, las miradas esquivas,

Léo, muy serio, escuchando pacientemente el cuento mientras pensaba a todas luces en otra cosa. Y tolerando de forma tan evidente el último beso, que a Sophie se le escapó sin querer:

—Ya pasó, peque, ya pasó. Lo siento...

Léo asintió con la cabeza. Fue como si en ese instante la vida adulta hubiese irrumpido bruscamente en su universo y él también estuviera agotado. Se durmió enseguida.

Sophie se sentía tan abatida que aquella vez sí que aceptó quedarse a dormir.

Aprieta entre las manos el tazón de té, que ya se ha enfriado, sin inmutarse por las lágrimas que caen pesadamente en el parqué. Durante un breve instante aparece una imagen, el cuerpo de un gato clavado en una puerta de madera. Un gato blanco y negro. Además de otras imágenes. Sólo muertos. Hay muchos muertos en esta historia suya.

Ya es la hora. Un vistazo al reloj de pared de la cocina: las nueve y veinte. Sin darse cuenta, ha encendido otro cigarrillo. Lo apaga nerviosamente.

—¡Léo!

Su propia voz la sobresalta. Percibe en ella angustia, sin saber de dónde viene.

—¿Léo?

Entra corriendo en el cuarto del niño. En la cama, bajo las mantas hay un bulto que dibuja la forma de una montaña rusa. Sophie respira aliviada e incluso esboza una sonrisa. El miedo, al disiparse, la arrastra a su pesar hacia una especie de ternura agradecida.

Se acerca a la cama diciendo:

—Pero, bueno, ¿dónde se ha metido este niño?

Se da la vuelta.

—¿Estará aquí?

Da un ligero portazo en el armario de pino sin dejar de vigilar la cama de reojo.